

EL RELOJ DE LA VIDA

Volviendo de un funeral recordé a Alonso, mi amigo, dos días atrás cuando me contó, aquella noche, un extraño y lúgubre sueño que tuvo.

Aquella fría y oscura noche de invierno dormía plácidamente en su lecho de rasos y terciopelos. Soñaba con un encuentro como divino entre él mismo y su amada, Aurora. Sus ojos castaños no dejaban de admirarla ni un instante. Él con su alta estatura y rasgos juveniles, sonreía. Repentinamente cuando él iba a llegar a ella, con su melena rubia ondulada, ojos azules y tez pálida, una figura espectral de una mujer vestida de riguroso luto cuyo rostro no alcanzaba a vérselo al estar cubierto por un largo y oscuro velo, se lo llevó lejos hasta dejar de ver a Aurora. Se despertó e incorporó sudoroso y angustiado. Se levantó y se acercó a uno de los arcos ojivales de su casa dieciochesca. Corrió ligeramente uno de los cortinajes de seda y sólo podía ver la calle con iluminación intermitente de los relámpagos que se movían como culebras por el cielo, reflejándose en los charcos que comenzaron a formarse en el suelo a causa de la lluvia que empezó a caer. Se volvió a acostar en su cama de sábanas y colchas revueltas. Cayó otra vez en un estado soñoliento pero no llegó a alcanzar el estado de sueño porque las hojas de la ventana se abrieron de par en par golpeando los muros estrepitosamente. Entró una corriente gélida, más fría aún que el viento que corría por las calles de Sevilla. Corrió a cerrar la ventana, pero antes de que él llegara, se cerró sola haciendo chirriar las bisagras como si de gritos se tratara. Fue como si alguien o algo hubiera entrado. Se giró inquieto y vio a la figura espectral del sueño acercándose a él desde el otro extremo del dormitorio, lentamente arrastrando el vestido negro, que rozaba con pesadez el suelo. No se le apreciaban ni pies, ni manos, ni rostro, todos ocultos bajo unos ropajes largos. La figura le habló con voz de ultratumba:

- Hasta la media noche tienes de vida.
- ¿Quién eres', ¿qué quieres?
- Soy la Muerte que se presenta.

Alfonso se arrastra hincando las rodillas suplicando:

- ¡Oh! repentina Muerte, ¿por qué tan pronto?, dame algún tiempo para ver a mi Aurora
- Sólo hasta medianoche.

La Muerte desapareció dejando un rastro frío y que estremecía a Alfonso. Se vistió, y se calzó rápidamente y se apresuró a salir a la calle. Corrió tropezándose y rebalándose múltiples veces. El frío y las aguas heladas se adentraban en sus entrañas, no podía más. Las calles eran iluminadas únicamente por los relámpagos azulinos y los ténues candiles encendidos en cada esquina. Escuché un golpe seco y fuertes alaridos y llantos. Me asomé a mirar por la ventana y lo vi desplomarse en medio de la gran plaza. Bajé a socorrerle rápidamente, era tarde, con los ojos idos, me contó casi sin aliento su sueño y lo sucedido y con una última bocanada de aire helado y con la mirada clavada en la torre del ayuntamiento, señaló el reloj y expiró. En seguida sonaron las lúgubres campanas de todos los relojes e iglesias de Sevilla anunciando la llegada ... , la medianoche.

Manuel Caliani Santos, 15 años
I.E.S. La Rábida
Huelva